

Una gota de otoño

He visto en la distancia tu burbuja de nube,
he leído tus páginas celestes
y pesado tu sombra
cuando las uñas de la niebla arañaban mi cara.

Saber que toda el alba es una cruz que empieza,
un camino que ruge,

una lámpara rota que alumbraba los cristales
cuando la luna suelta sus cabellos de espectros.

Saber que nuestro hijo es el latido insomne
que unió nuestros delirios,
y sus grandes pupilas acarician tu rostro

y su voz me golpea con la rabia de un libro
escrito por un paje de rocío.

Saber que la tiniebla tiene un coro de arcángeles
donde el trapo mojado de tus largas limpiezas
siembra tu estar en tierra por la sombra que hacemos.

La granada del hijo en este sol de otoño
es un vaso de vino que nos une las manos
y salpica de luz nuestra tristeza.

MANUEL PACHECO

PÁGINAS ANTOLÓGICAS

Cinegética

En las cumbres altaneras;
en las cumbres solitarias;
las que ciñen en la frente por diadema
nieves áureas,
alejada de los hombres,
y más alto que los nidos de las águilas,
la pareja de cabríos
corre, brinca, bulle, salta,
y se mece en los abismos
desde el corte inaccesible
de las áridas montañas.

Ella tiene fino remo,
fina corva avellanada,
que se crispa y estremece
al susurro más ligero,
a los silbos de los vientos
al cruzar por las gargantas.

El, gallardo, recio cuello,
recia testa bien cornada;
fuerte y ágil, nervio mismo
de las rocas seculares,
que la nieve de los siglos acicalan.

La pareja de rebecos está en celo:

Ella trisca por las peñas
con alardes y con gracia,
y en cabriolas y corcovos,
más ligero
que las brisas que deshila la mañana,
salta el macho por los riscos:
ya se aleja, ya la alcanza,
y gallardo se contempla
en las aguas del deshielo,
en las aguas transparentes
de la blanca nieve casta.
Tiende el cuello, y el hocico
jadeante aproxima a los cristales
de la balsa...

Al alzar la erguida testa,
dos hilillos luminosos
por el bello le resbalan.

En las cumbres altaneras;
en las cumbres solitarias;
los gimnastas de los montes
viven libres, libres saltan,
libres muestran a los hombres
el amor de las montañas.

El silencio de las cimas,
el reposo de las rocas milenarias,

turba un día bronca trompa
que resuena en son de caza;
el sonido se repite,
se despeña en las barrancas;
y ululantes, los latidos de los perros,
—recios perros que olfatean la montaña—
por los albos ventisqueros,
se adelantan... se adelantan... se adelantan...

Desde el corte audaz de un risco,
mira al valle
la pareja de cabríos encelada;
y sus grandes ojos pardos,
luminosos como el ágata,
desafían los latidos y las voces,
y el sonido de las trompas, que resbala
por los cortes de granito,
se repite en las gargantas,
y extendido por el monte y por el llano,
se adelanta... se adelanta... se adelanta...

Corta un silbo los cendales
temblorosos con que el aire
se reviste en las mañanas:
Entre cumbres, sobre abismos,
el cabrío macho salta;
y en fracaso de unos músculos vencidos,
de una vida por la muerte desbordada,

por escarpes rebotando,
cae al valle la hembra fina
de la corva avellanada.

Del tropel en son de fiesta
de escopetas y comparsas,
salen hurras, dando al aire
sus monteras emplumadas;
y con fauces espumantes,
rojos fauces que presumen la tajada,
la jauría se estremece,
se atropella, se arrebatada;
y en el seno palpitante del rebeco,
los colmillos de los perros
ponen tintes escarlata...

Mientras tanto, en la alta cumbre,
en la cresta milenaria,
alejado de los hombres
y más alto que los nidos de las águilas,
el perfil del recio macho
se recorta solitario
como airón de la montaña.

RAMÓN D. DEL CORRAL Y CERÓN



ALBUM EXTREMEÑO. — Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres.
(Foto Arribas).